

LVIII

LAS DOS LINTERNAS

A don Gumersindo Laverde Ruiz

I

De Diógenes compré un día
la linterna á un mercader.
Distan la suya y la mía
cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mía parece;
la suya parece negra;
la de él todo lo entristece;
la mía todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
*todo es según el color
del cristal con que se mira.*

II

— Con mi linterna— él decía —
no hallo un hombre entre los seres.
¡Y yo, que hallo con la mía
hombres hasta en las mujeres!

Él llamó, siempre implacable,
fe y virtud teniendo en poco,
á Alejandro, un miserable,
y al gran Sócrates, un loco.

Y yo ¡crédulo! entretanto,
cuando mi linterna empleo,
miro aquí, y encuentro un *santo*;
miro allá, y un *mártir* veo.

¡Sí! mientras la multitud
sacrifica con paciencia

la dicha por la virtud,
y por la fe la existencia,

Para él virtud fué simpleza;
el más puro amor, escoria;
vana ilusión la grandeza,
y una necedad la gloria.

¡Diógenes! mientras tu celo
sólo encuentra sin fortuna,
en Esparta algún *chicuelo*,
y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
que, con sufrir el nacer,
es un héroe cualquier hombre,
y un ángel toda mujer.

III

Como al revés contemplamos
yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
la virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
*todo es según el color
del cristal con que se mira.*

LIX

LOS DOS PECADORES

Tú pecás porque me adoras,
y yo peco por gozar;
y en tan diverso pecar,
yo río cuando tú lloras.
¡Maldigo mis dulces horas,

y bendigo tu tormento!
Podrá tu remordimiento
llevarte á un dichoso estado;
¡yo sí que soy desdichado,
que peco y no me arrepiento!



LX

MUERTOS QUE VIVEN

Á MI HERMANO POLÍTICO DON JOSÉ MARÍA VALDÉS, EN LA MUERTE
DE SU HIJA GUILLERMINA.

Con tierna melancolía
van á una niña á enterrar,
y el padre, al verla pasar,
dice llorando: — ¡Hija mía!
¡La pierdo cuando aun vivía

con la fe de la ilusión!... —
Mas se templó su aflicción
mirando al cortejo, y viendo
tantos que, sin fe viviendo,
llevan muerto el corazón.

LXI

EL MAYOR CASTIGO

Cuando de Virgilio en pos
fué el Dante al infierno á dar,
su conciencia, hija de Dios,
dejó á la puerta al entrar.

Después que á salir volvió,
su conciencia el Dante hallando,

con ella otra vez cargó,
mas dijo así suspirando:

— Del infierno, en lo profundo,
no ví tan atroz sentencia
como es la de ir por el mundo
cargado con la conciencia. —

LXII

DRAMAS DESCONOCIDOS

Cuando el pueblo á Oteló vió
que, matando á la que adora,
dice: — Muera la traidora,
que el alma me asesinó, —
tu rostro el color perdió

llorando el fin de la bella;
yo de él pensando en la estrella,
dije mirándote: — ¡Infiel!
¡Si no te mato como él,
me asesinaste como ella! —

LXIII

LA METEMPSÍCOSIS

I

Hallé una historia, lector,
en un viejo pergamino,
donde prueba un sabio autor
¡ay! que el variar de destino
sólo es variar de dolor.

II. — FLOR

— Flor, primero abandonada,
entre unas hierbas broté,
envidiosa y no envidiada,
sin ver sol me marchité,
llorando y sin ser llorada.

BRUTO

— A bravo alazán subí,
y de victoria en victoria,
tras mil riesgos, conseguí
para mi dueño la gloria,
y la muerte para mí.

PÁJARO

— Ave después, hasta el llanto
Dios me condenó á expresar
con las dulzuras del canto:
canté, sí, mas canté tanto,
que al fin me mató el cantar.

MUJER

— Mujer, y hermosa, nació;
amante, no tuve fe;
esposa, burlada fui;

lo que me amó aborrecí,
y me burló lo que amé.

SABIO

— Hombre al fin, ciencia y verdad
buscando en lid malograda,
fué desde mi tierna edad,
mi objeto la inmensidad,
y mi término la nada.

DICTADOR

— En mí, cuando César fui,
su honor la gloria fundó.
Siempre — vine, ví y vencí; —
adopté un hijo, ¡ay de mí!
creció; le amé y me mató.

HOMBRE

— La escala transmigradora
de mis cien formas y modos
vuelvo ya á bajar; y ahora
un hombre soy, que, cual todos,
vive, espera, sufre y llora. —

III

Después de saber, lector,
la historia del pergamino,
¿qué importa ser hombre ó flor
¡ay! si el variar de destino
sólo es variar de dolor?

LXIV

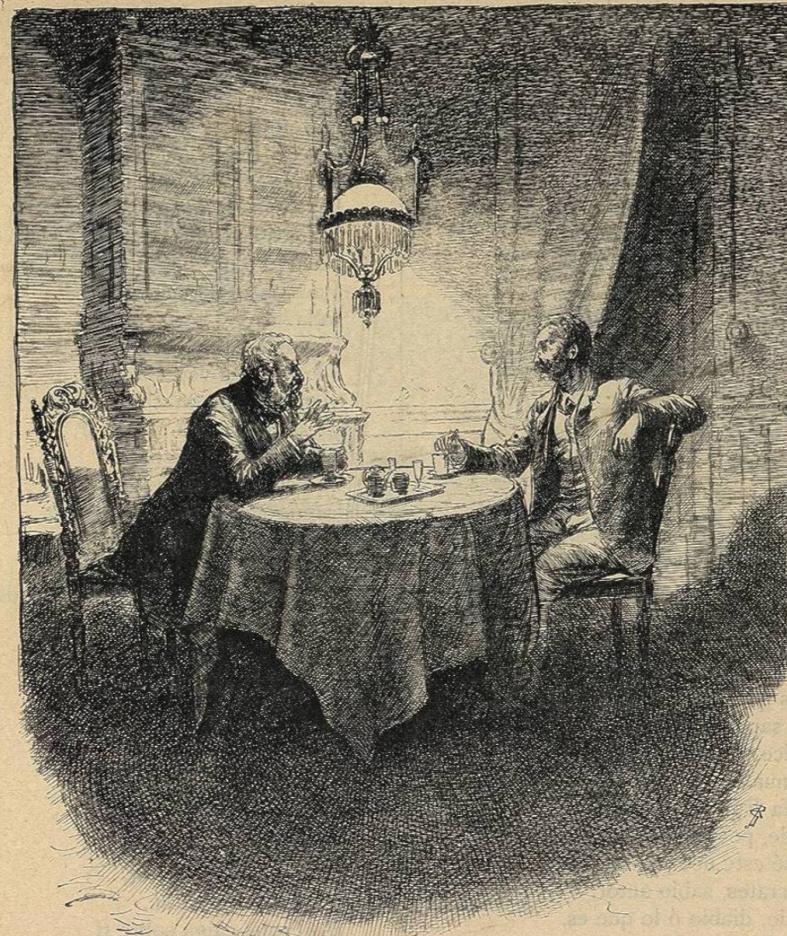
LAS DOS TUMBAS

¡Cuán honda, oh cielos, será,
dije, mi tumba mirando,
que va tragando, tragando,
cuanto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
donde al fin seré arrojado,
los ojos metí espantado
dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,
mis ojos en él no hallaron
¡ni un ser de los que me amaron,
ni un ser de los que yo amé!

Si no hallo aquí una ilusión,
y allí sólo hallo el vacío,
¿cuál es más hondo, Dios mío,
mi tumba, ó mi corazón?...



LXV

EL CAFÉ

A MI AMIGO DON ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AUÑÓN

I

¡Café! — Tal es la cuestión:
¿Hizo Cabanis tan mal
al decir que es la razón
fruto de una digestión
de la masa cerebral?
Sin ir más lejos, Marqués,
¿cómo me podrás negar
que el rico café que ves,
ó es cosa que piensa, ó es
materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
espíritu material;
ó, si os parece mejor,

materia espiritual;
incomprensible hacedor
de una dicha artificial;
secreto elaborador
de un frenesí racional!
¡Yo no extrañaré, pardiez,
que su semilla al probar
las aves alguna vez,
en deliciosa embriaguez,
hablen en vez de cantar!

¡Otra taza! y ¡otra! — A fe
que asegura con razón,

no sé quién ni sé por qué,
ni recuerdo en qué centón,
que en cada grano el café
lleva un sabio en embrión...
Yo quiero ser sabio... ¿oís?
Dadme sabiamente, pues,
una taza, y dos, y tres...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿tendrá razón Cabanis?

II

¡Café! ¡y más café! — Ven, tú,
á dar á mi sangre ardor,
del sueño infalible *bu*;
maná que oxida el dolor;
bálsamo á cuya virtud
mi prematura vejez
siempre recobra otra vez
la alegría y la salud!

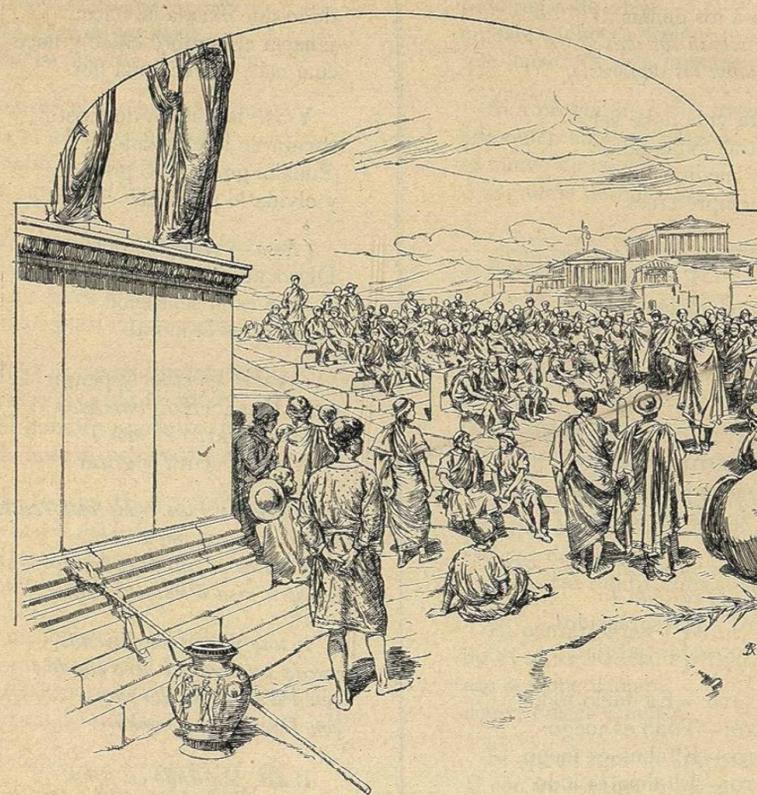
Admiraos y escuchad:
por descubrir del café
él solo la propiedad,
sin duda tan sabio fué
el diablo en la antigüedad.
¿Decís que no? — Pues yo sé
de un sapientísimo autor
que dice y prueba que fué
de Numa el legislador
la ninfa Egeria, el café;
y añade, poco después,
que fué este noble licor
de Sócrates, sabio autor,
el genio, diablo ó lo que es.
De modo, caro Marqués,
que con este talismán
han vuelto el mundo al revés,
del uno al otro confín,
Sócrates, Numa y Satán,
y cuantos brujos, en fin,
han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿quién como el café marcó
de la fortuna el vaivén,
y á Napoleón arrastró
hoy al mal, mañana al bien?
¿Que quién tal cosa creyó? —
Todos, y á más creo yo
que ya feliz, ya infeliz,
acaso una gota más
le dió el triunfo de Austerlitz,
y una de menos quizás
le hizo huir en Waterló.

Y aun pienso otra cosa, y es
que obedeciendo, Marqués,
á la rara propiedad
de un café de calidad,
gaje de algún holandés,
corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
de una infinita verdad,
lanzó esta inmensa impiedad:
— Dios es todo, y todo es Dios. —
¿Tengo ó no tengo razón?
Pues antes de concluir,
todavía vais á oír
la más extraña opinión
que muchas veces á herir
viene mi imaginación:
y es que llego á presumir,
¿si será el café ese ser
que en una edad y otra edad
siempre aspira á comprender
la mísera humanidad?
¿No es cierto, Padre Voltaire?
Marqués de Auñón, ¿no es verdad?

III

¡Café! ¡café! y ¡más café!
Ahitadme de ese elixir,
pasto de almas sin el cual
fuera el humano existir
casi un sueño vegetal,
pues en eléctrico ardor,
en el ser más baladí
hace del afecto amor,
y del amor frenesí...
¡Ah! ¡que caiga sobre tí
del orbe la bendición,
del alma sabroso pan,
borrachera de ilusión,
á cuya mágica acción
es un Etna el corazón,
es la cabeza un volcán!
¿Y quién no honrará el poder,
Marqués de Auñón, de un licor
que hasta hace alegre el dolor,
que hace más vivo el placer,
que da al brazo más vigor,
á la mente inmensidad,
á los ojos claridad,
al corazón más amor,
y alas á los mismos pies...
tanto, que, como tú ves,
no echo á volar por un tris?...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿tendrá razón Cabanis?



LXVI

LA COMEDIA DEL SABER

A mi amigo don Tomás Rodríguez Rubí

I

(Asunto, lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la acción, Atenas.
Epoca, en la antigüedad.)

(Gran pausa. — Escena primera.
Como el que se duerme andando,
Sale HERÁCLITO llorando,
y dice de esta manera:)

— ¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
pues nada en el mundo sé;
si sé que hay Dios, es porque
DE NADA NO SE HACE NADA.

Respeto la autoridad,
que es de los inicuos valla...
— ¡Falso! — (grita la canalla).
(Los nobles dicen: — ¡Verdad!

HERÁCLITO: — Yo imagino
que es la autoridad de un rey
poder que la humana ley
saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber:
todo aquel que hombre se llama
dará por honra la fama,
y el poder por el saber.